

CAPÍTULO XLVII

Josesito da fuego á la hoguera

**A**TRÁS! hay orden de que no entre nadie.

—¿Cómo atrás? si es mi cuartel y estoy ci-

do por el cabo.

—¡Atrás, digo, atrás!

—Pues tengo de entrar y repito que es mi cuartel.

—¡Atrás, ó hago uso del arma!

El que daba esta orden era un ciudadano de la guardia nacional del batallón de la Libertad, vestido con un pantalón de pana entre negro y coyote, una chaqueta larga de paño azul con cuello encarnado, y un kepi que le cubría en toda la mollera y le cubría casi los ojos, y que cuando de centinela en el edificio de la Universidad, cumplía las órdenes que se le habían dado, y para hacerse respetar tendía el fusil con la bayoneta calada y se disponía á ensartar por el vientre al que tenazmente trataba forzar la consigna.



El que se obstinaba en entrar á lo que él llamaba su cuartel, era un individuo vestido sencillamente como los artesanos, y sólo se reconocía como soldado por la tosca fornitura blanca que cruzaba su pecho, teniendo ensartada á la derecha en la bandolera la bayoneta de su fusil, que probablemente tenía en su casa como la mayor parte de los nacionales cuando no estaban en servicio.

—En fin, usted hace bien, centinela, de cumplir con las órdenes que tiene, y no me encapricho en entrar, pero esta es una traición que se nos quiere jugar, y ya nos veremos... Voy á buscar á mi capitán.

El soldado ó guardia nacional del batallón de Independencia que había sido rechazado de la puerta, se retiró precipitadamente. A poco vino otro soldado del mismo cuerpo, y después otro, y otros, y con todos se repitió la misma escena. Unos obedecían y se retiraban en silencio, otros porfiaban y decían injurias al centinela, el cual, temiendo ser acometido, gritó al cabo de cuarto, la guardia se formó en el interior, el batallón entero de la Libertad tomó las armas, y el coronel comenzó á dar disposiciones para despejar la calle y las cercanías de la plaza del Mercado, donde se habían reunido muchos soldados de diversos batallones y multitud de hombres, mujeres y muchachos que vociferaban y se tiraban manzanas podridas, troncos de col, rabos de cebolla y demás residuos que habían quedado del mercado de la mañana, comenzando así la campaña que pocas horas después había de tomar más serias proporciones.

Sea porque el cabo de citas del batallón de Independencia fuese una persona inteligente é iniciada en lo que iba á suceder citó á los soldados al teatro Principal, ó sea porque buscasen un punto céntrico de reunión, el

así fué que allí acudían la mayor parte, y bastó una hora para que se juntasen más de doscientos guardias nacionales con sus armas.

Poco necesitaba el apóstol terrible de la democracia que estaba en el Palacio para que se precipitasen los acontecimientos, pero parece que las sugerencias de don Pedro causaron tal efecto, que sin reflexionar en las consecuencias, mandó que el batallón de la Libertad, que era de *puros*, ocupase el cuartel de la Universidad donde estaba el de Independencia, que era el de *polkos*, de modo que los que se hallaban en él quedaban como prisioneros y á los que venían al servicio no se les dejaba entrar. Se trataba de desarmar al batallón y de seguir con los demás, ó de enviarlos á todos al día siguiente á Veracruz.

El coronel, que era un bravo y viejo general y que podrá que figurar todavía en las páginas de este libro, cuando luego como supo lo que pasaba, se dirigió al Palacio, penetrando hasta las habitaciones del gran magistrado, intentó de disuadirlo de su intento, pero todo fué en vano, lo más que logró fué que el batallón de Independencia fuese pacíficamente del cuartel de la Universidad y pasase al Hospital de Terceros, donde debería quedar cuartelado hasta el día siguiente que marcharía irremisiblemente á Veracruz.

Al caer la tarde, el batallón reunido salió del cuartel de la Universidad tambor batiente y bandera desplegada, marchando á la chusma casi desnuda y mal armada en posesión de su antigua residencia. En las calles del tránsito fueron reuniendo los soldados del mismo batallón que habían juntado de pronto en el teatro Principal, y otros que corriendo desembocaban de diversas calles y toma-



ban su lugar en las filas. El batallón paseó de una calle á otra, y así llegó frente al batallón Victoria, acuartelado en la Profesa. Apenas se divisó la columna, cuando dos músicas rompieron tocando alegres dianas y marchas más ó menos guerreras, y un grito de *vivan los polkos, viva la Religión, mueran los puros y viva el batallón de Independencia!* se escuchó, resonando muy á lo lejos y fué repetido por la multitud que se había aumentado en el tránsito y que seguía á los soldados nacionales. Los muchachos callejeros aumentaron la algazara y aprovecharon sus restos de fruta y legumbres para lanzarlos á la cabeza misma de los que vitoreaban; algunos zahuanes se cerraron, pero en cambio se abrieron muchos balcones y asomaron las caras de lindas muchachas y también feas viejas que, agitando sus pañuelos blancos, daban evidentes muestras de aprobación. Era ya el verdadero pronunciamiento. Las tropas de que podía disponer el gobierno no se atrevían á impedir con las armas estas manifestaciones. Cosa de una hora permanecieron reunidos en la calle los dos batallones, alternándose la música con las bandas de tambores y cornetas, repitiéndose los vivas y mueras y las carreras y vociferaciones agudas de los chicuelos que salían de las escuelas cercanas, hasta que ya entrada la tarde prosiguió su marcha el batallón de Independencia al edificio del Hospital de Terceros, entrando en el patio y cerrándose la puerta, delante de la cual quedó un grupo de curiosos que fueron poco á poco dispersándose; los balcones se cerraron y á las nueve de la noche las calles de San Andrés, Santa Clara, Tacuba y San José el Real estaban más solas que de costumbre, y una cierta tristeza y un lúgubre silencio habían sucedido á la algazara de la tarde.

Entraremos un momento al cuartel del Hospital de Terceros.

—Es una infamia, una traición, un delito incalificable el pronunciarse contra el gobierno en los momentos mismos en que los yanques están quizá cerca de San Luis Potosí y desembarcando tal vez en Veracruz,—decía un joven rubio, rechoncho, de baja estatura y de un hablar violento y fogoso. Era médico de profesión y capitán de una de las compañías del batallón de Independencia. Vestía su traje habitual, y se podía reconocer como capitán por dos presillas de galón de oro en sus hombros y una larga espada ordinaria de caballería que colgaba de un tosco vericú blanco cruzado en el pecho.

—Yo niego que sea una infamia y menos una traición,—le contestaba otro capitán vestido á poco más ó menos lo mismo, también con su largo sable al costado, delgado, más bajo de cuerpo, pero mucho más vehemente y nervioso.

—Pues yo lo sostengo delante de todo el batallón y en cualquier parte.

—Obramos en defensa propia, se nos quiere ultrajar, se nos quiere desarmar, se exige que marchemos á Veracruz para que nos lleve el diablo con el vómito. ¿Por qué no marcha el batallón de granaderos que tiene mil hombres y la caballería de línea? Nosotros estamos para defender la ciudad y nos batiremos cuando nos toque, pero no para sucumbir á los caprichos de un tirano, y dejarlos dominar por esa chusma que han armado en el Palacio, para que en vez de pelear, en cuanto faltemos nosotros se desbande por las calles á saquear y á matar como en el año de 28, y á cometer quién sabe cuántos horrores.



—Esa es una infamia, una calumnia,—respondió el capitán regordetillo que había tomado primero la palabra.

—El coronel ha ido á Palacio,—le contestó el otro capitán,—y nada ha podido conseguir.

—Pues yo no me he de pronunciar y me sacaré á mi compañía.

—Pues yo sí, y no se sacará usted á su compañía, pues yo lo impediré.

—¿Y cómo lo impedirá usted?

—Dándole á usted de balazos.

—Y yo se los daré á ustedes; ya veremos.

Continuaron hablando tan apriesa, con tal cólera y tan violentamente, que nada se les entendía. Los oficiales y algunos de los soldados tomaron parte en la cuestión. Unos se disponían á abandonar el cuartel y á seguir á su capitán, otros preparaban sus fusiles para impedirlo. En esos momentos llegó el mayor.

—¡Orden, orden, señores!—gritó enérgicamente,—yo no puedo permitir que se dé mal ejemplo y se insubordine al batallón.

—El capitán se quiere sacar á la compañía.

—Eso no,—contestó el mayor,—que se retire si no le acomoda... muchachos, orden, orden... el que quiera retirarse que deje el fusil y se marche á su casa.

—¡Viva el batallón de Independencia!—gritó el capitán que defendía el pronunciamiento.

—¡Viva, viva!—respondió estrepitosamente todo el batallón.

La confusión y desorden ocasionado por las opiniones contradictorias de los dos capitanes, había llegado á su colmo. No era ya una simple conversación, sino una

disputa acalorada, que se había propagado de grupo en grupo, al grado que ya se preparaban las armas y se tomaban posiciones en los ángulos del patio y al abrigo de los grandes arcos que forman la planta baja, para batirse y darse de balazos en aquel recinto, de lo que habría resultado una espantosa carnicería, asesinándose mutuamente los amigos, los parientes, los hombres, en fin, de una misma opinión que se habían reunido allí para resistir lo que ellos llamaban el despotismo del gobierno.

En tal conflicto se hallaban, cuando hizo en el cuartel una repentina irrupción Josesito, haciendo un ruido estridente con su larga espada que arrastraba en las losas.

—¿Qué es esto, señores? ¿qué desorden tan escandaloso encuentro en el cuartel?—les dijo con cuanto esfuerzo le permitió su voz y con cierto aire de autoridad.—Les suplico que guarden silencio, pues tengo que comunicarles cosas muy importantes de orden superior. Después harán lo que les dé la gana.

Por más que Josesito esforzó su voz no pudo dominar el tumulto, y fué solamente escuchado por los que estaban cerca.

Uno de los soldados gritó con voz de estentor:

—¡El ayudante José ha llegado y tiene que comunicar órdenes!

Por uno de aquellos fenómenos que no se pueden explicar, el nombre de José fué una especie de talismán. La voz de silencio se repitió de grupo en grupo, y á poco todos esos hombres exaltados y casi furiosos que habían á un tiempo callaron, y quedaron en la posición que estaban. El teniente coronel aprovechó esta oportunidad para decir cuatro palabras á su tropa y resta-



blecer la disciplina, después se apartó á un ángulo del patio, habló cosa de diez minutos con el improvisado ayudante, el cual, concluída su misión, salió del cuartel como había entrado, ufano y orgulloso, arrastrando y haciendo resonar su espada.

—Todo está arreglado y muy bien combinado,—dijo el teniente coronel mostrando un papel.—En el acto es preciso pronunciarnos y levantar una acta. Aquí está el plan.

Los oficiales y soldados formaron grupos, y el plan del pronunciamiento pasó de mano en mano. El capitán belicoso y disidente, convencido de que ya nada podía hacer, se retiró furioso, la paz quedó restablecida en el cuartel y el batallón pronunciado.

El ayudante Josesito se dirigió á San Hipólito, donde estaba el cuartel del batallón de Mina. Allí no había desorden ni discusiones, sino impaciencia, pues pasaban las horas y no sabían qué deberían hacer. Josesito habló cinco minutos con los jefes, y sus mágicas palabras produjeron el mismo efecto.

De San Hipólito pasó el ayudante á San Fernando, y entró tan precipitadamente y haciendo tal estrépito con su espada y diciendo palabras que de pronto nadie pudo entender, que los soldados agrupados y en plática creyeron que se les anunciaba que ya estaban cerca los de Palacio, y se lanzaron en tropel á tomar sus armas. Un paquete de fusiles cayó del armero al suelo, un tiro se disparó y un pobre soldado fué herido en el pecho. Pronto se restableció el orden, se atendió inmediatamente al lastimado, y el éxito de la conferencia fué tan pronto y completo como en todos los puntos militares que había visitado. Razón tenía, para haber asegurado en la pri-

mera velada de la quinta que él era el director de la población. Los batallones todos quedaron pronunciados, y comprometidas las gentes de la mejor sociedad de México á sostener con las armas el plan que se les había propuesto.

¿Qué palabras decía Josesito á los jefes de la guardia nacional que producían tan rápido y mágico efecto? A continuación más ó menos las siguientes:

—De orden de P\*\*\*, de O\*\*\* de L\*\*\*—(y de otros tan misteriosos como éstos),—comunico á ustedes que no esperan ya ni un momento, sino que se pronuncien por el momento que les entrego para que lo circulen entre los soldados. Si no hay unidad y pasa la noche sin dar el golpe decisivo, mañana será ya tarde y los batallones, desarraigados, disueltos con ignominia ó enviados á Veracruz. Además todos los hilos están atados y todo combinado perfectamente que no puede fallar. La guardia de la Catedral está ganada, el batallón de granaderos es nuestro y cuenta con mil hombres y la mayor parte de la artillería que está en la Ciudadela, así Palacio quedará aislado con su chusma desorganizada, y se quedará sin tirar un tiro. El Congreso se reunirá en San Pedro y San Pablo y declarará destituido al Vicepresidente y un triunvirato gobernará mientras viene el general Anna que ha ganado una batalla á los americanos. El partido moderado está á la cabeza del movimiento y contamos con lo mejor y más granado de la población, y todo con las muchachas, con todas las lindas muchachas que se mueren por los polkos y detestan á esos mugrosos y desarraigados—(al llegar á este capítulo hablaba el entusiasmo de Josesito y los ojos le bailaban alegría.)—Están las cosas arregladas de tal manera,



que es imposible ningún género de trastorno y no se disparará ni un tiro. A las doce de la noche en punto un repique á vuelo en la Catedral anunciará el pronunciamiento. Se disparará un cohete de luz en la plaza y entonces los cuerpos tocarán diana y repicarán las campanas de todas las iglesias para lo que se han pagado ya muchachos: se ocuparán las torres y las alturas durante lo que falta de la noche, y permaneceremos con las armas en la mano para formar una columna y con el general en jefe á la cabeza marchar á ocupar el Palacio, pues los del gobierno lo habrán ya abandonado ocultándose ó fugándose, y al enemigo puente de plata; se han dado las órdenes para que los dejen salir por las garitas. ¡Ah! se me olvidaba. Todas las garitas son nuestras y podemos también disponer del Resguardo y ¡cuidado que los guardas son hombres valientes! Con que mucha vigilancia en el resto de la noche y mucha atención al repique de la Catedral y al cohete de luz (1).

Acabando de decir estas últimas palabras, Josesito, con la firmeza y tono de un general en jefe al frente del enemigo, se retiraba haciendo resonar su espada tanto como podía para aumentar el entusiasmo de sus compañeros y marcar el importante y elevado papel que desempeñaba en esos momentos.

¿Quién no se había de pronunciar después de oír estas órdenes y de enterarse de tales secretos? Era un servicio á la sociedad el desbaratar la crapulosa guardia de los puros, y para eso no había ni dificultades ni riesgos, el Congreso autorizaba la revolución, el clero y la religión la sostenían con su influjo y con su dinero, el partido

(1) Si se exceptúa lo que es indispensable para dar cierto interés á la novela, este capítulo es exactamente histórico.

derado la dirigía, sus altos personajes habían formado el plan. Josesito, el gran Josesito, había organizado admirablemente los pormenores y no había ni que pedir que desear.

Los batallones, llenos de alegría y de júbilo, pusieron gran guardia formada en el centro del cuartel, subieron á las azoteas y á las torres, y con lo que pudieron comprar en las tiendas y fondas cercanas y con lo que á cada soldado y oficial la trajeron de su casa, se improvisó una especie de banquete fraternal que les ocupó el tiempo que esperaba del repique en la Catedral y del cohete de luz en la Plaza Mayor.

Josesito seguramente dió un brinco á su casa para saber que temprano llevase un criado noticias á la familia, ó tuvo otra ocupación; el caso fué que durante muchas horas no se le vió por ninguna parte; pero á las once y media de la noche apareció por el rumbo de San Mateo, seguido, ó más bien, él seguía á un personaje. Esta vez no hacia ruido con su espada, sino que tanto como su compañero caminaban entre las sombras de los arcos con silencio y precaución, como queriendo no ser vistos, precaución absolutamente inútil, pues no había un alma en la calle, harto negra estaba la noche, y de los malísimos faroles producía más bien sombra que no claridad, y los edificios, cerrados y mudos, parecían que sus moradores se entregaban al sueño, habían marchado al campo, supuesta la agitación que por la tarde había reinado, precisamente por ese motivo. El personaje á quien seguía Josesito era el General escogido para ponerse á la cabeza del movimiento revolucionario.

Entraron los dos en una casa baja y oscura situada



frente al elegante palacio de San Cosme que habitaba Josesito, el que por orden de su nuevo jefe se dirigió por segunda vez á los cuarteles para notificarles que ya tenían un general que los mandase y al que deberían obedecer, á lo que contestaron de acuerdo jefes, oficiales y soldados.

En esto dieron los tres cuartos para las doce. Silencio y soledad, pero eso no importaba; se acercaba la hora crítica, y á las doce esperaban todos con impaciencia el sonoro repique de la Catedral y la luz del cohete que debería partir de la Plaza Mayor.

Sonaron doce campanadas solemnes en el reloj de la Profesa; casi al mismo tiempo en el de San Hipólito; finalmente, en el de repetición de San Fernando. Ya van á repicar... ya va á partir el cohete. Los jefes y oficiales impacientes subieron á las bóvedas y campanarios.

El reloj de San Fernando repitió las doce campanadas y dió el cuarto.

Silencio y oscuridad profunda en esa noche nublada húmeda y fría. Ni repique ni cohete.

Así se repitieron las horas, la una, las dos, las tres de la mañana, finalmente el alba y la débil luz del día. Ni repique ni cohete.

Esas horas fueron de inquietud, de impaciencia y de conjeturas. La casa en que entró el general en jefe permaneció cerrada y oscura; Josesito mismo, sin poder explicar lo que pasaba, se entró en su habitación y no salió sino cuando ya había amanecido, envuelto en un elegante capotón militar, con su espada al cinto y procurando inquirir como un tonto lo que pasaba y por que no habían sonado las campanas de la Catedral ni iluminado siquiera un momento la atmósfera el prometido

cohete que debería haber partido de la Plaza Mayor. La guardia nacional liberal y republicana había sido traicionada, engañada y lanzada á la revolución por los mayordomos y clérigos. Josesito, ligero y fatuo, engreído con el título de ayudante de un general en jefe que no conoció sino á última hora, fué á su vez engañado y el instrumento inconsciente de una maldad y de una serie de mentiras. Ni la guardia de la torre de la Catedral estaba organizada, ni se podía contar con el batallón de granaderos con los cañones de la ciudadela, ni el Congreso se reuniría, sino unos cuantos diputados para condenar y abandonar á los mismos que habían azuzado, ni el plan de los moderados valía nada, ni era aceptado por nadie.

Amaneciendo ya el día y subiendo majestuosamente el sol en el limpio horizonte, encontró á los del batallón victorioso repartiendo medallas de santos, y cintas coloradas benditas, y un estúpido y larguísimo plan impreso, por virtud del cual los monarquistas, los clérigos y los mayordomos se apropiaban del gobierno y de la dirección de los negocios de la República. Los batallones puros ocupaban el Palacio, la Catedral, la Diputación y los conventos é iglesias cercanas, y un cañón detrás de una improvisada trinchera estaba abocado en la esquina de Tacuba y el Empedradillo, amenazando la línea militar de los polkos.



CAPÍTULO XLVIII

El fuerte de la Concepción

SIN que lo pretendiese, y por efecto de la organización que dió á las tropas el general en jefe de los polkos, Arturo se encontró en el convento de la Concepción á la cabeza de su compañía y de ochenta ó cien paisanos más que se habían presentado voluntariamente unos con armas y otros sin ellas.

Fácil es figurarse el inmenso placer de Arturo al considerarse como quien dice árbitro de la suerte de Aurora que habitaba el santo claustro convertido en una fortaleza inexpugnable. El día que siguió al pronunciamiento no hubo nada de notable. Un cañonazo disparado de la trinchera de Tacuba, cuya pesada bala fué á portillar uno de los arcos del acueducto. La bala fué recogida con ruidosa algazara por los incansables muchachos y no hizo daño á ninguna persona. *Carreras de caballos*, como se dice en los días de alarma, es decir,



ayudantes y oficiales que recorrían á galope las calles encargados de traer y llevar órdenes y comunicaciones; balcones que se abrían y por donde asomaban las cabezas mal peinadas y los bustos medio descubiertos de vecinas, más bien curiosas que asustadas, y negociaciones diplomáticas para que terminara el conflicto. Los polkos decían que depondrían las armas si se separaba del Gobierno el alto personaje que los quería desarmar ó enviar á Veracruz. El testarudo personaje respondía que primero le quitarían la piel que abandonar la silla del Gobierno. Entre tanto los dos partidos se reforzaban y se preparaban á la lucha dentro la ciudad. Los polkos, para vencer necesitaban formar una columna, tomar el Palacio y aprehender al vice-presidente y á los ministros. El vice-presidente, para dominar esta reacción verdaderamente clerical, necesitaba tomar á la bayoneta uno á uno los sólidos edificios de que se habían apoderado los polkos. Como una y otra cosa eran difíciles, cada partido no podía hacer más sino alentar á los suyos, disimulando las dificultades y engañándolos con esperanzas ó con otras ficciones, merced á las que los batallones de *moderados* tenían que permanecer firmes en sus cuarteles y resueltos á defenderse aun cuando fuese contra su voluntad. Inútil es decir que en las noches que siguieron ni el cohete de luz se elevó en los aires y las campanas de la catedral permanecieron en silencio. Josesito fué engañado miserablemente por los mayordomos de los conventos, y á su vez engañó inocentemente á sus amigos de la Guardia Nacional.

Arturo, por sí ó por no, y aunque no le importaba gran cosa la política y la revolución en que se hallaba complicado, era jefe novel y quería quedar bien, no ante

general en jefe que no conocía, sino ante Aurora, la dueña de sus pensamientos.

Una mano oculta proveía de parque, de costalillos, de arena, y aun de dinero (con mucha economía) á los puntos pronunciados; así es que el elegante jefe de la Concepción tuvo poco trabajo para transformar el monasterio en un castillo capaz de soportar un largo sitio. En la esquina del callejón por donde en otros días había estado de escalar el convento, levantó una trinchera con una guardia, cortando así la comunicación con las calles de San Lorenzo. Las puertas del templo las mandó cerrar, y en la amplia portería estableció su cuerpo de guardia, con su polígono avanzado y su escolta correspondiente. Las torres y bordes de las bóvedas las guardó con sacos de tierra, de modo que los soldados podían hacer fuego sin descubrir la cabeza. El, vestido de azul oscuro, con su cachucha con galón de oro, sus pesillas de capitán y su espada al cinto, dominaba é imponía á la fuerza que tenía á sus órdenes.

Lo que hizo Arturo en la Concepción lo ejecutaron también los demás jefes en sus respectivos puntos, y en la línea establecida y fortificada. En la línea del Gobierno practicó igual cosa, y el coronel de los granaderos cerró las puertas de la ciudadela, y alistó una batería de campaña para lo que pudiese ofrecerse, y con sus mil soldados, muy bien vestidos y armados, esperó los acontecimientos. Era como si dijésemos la niña bonita de la nación. Todos lo enamoraban, cada partido quería hacerse el primero y merecer sus favores. El, desdeñoso y firme, se contentaba con que los granaderos enseñasen entre los baluartes sus altas gorras de pelo de oso.



Las cosas tomaban un aspecto serio y no se presumía ni cómo habían de acabar.

Una mañana, á la hora del alba, se escucharon dianas en toda la línea de los polkos y dianas en el Palacio Nacional y en los cuarteles de los puros. Un tremendo cañonazo disparado de la trinchera de Tacuba hizo correr á la multitud de gente que andaba por las calles, curiosos los unos, sirvientes de ambos sexos los otros, que salían á proveerse de lo necesario en las tiendas y plazas. En momentos las calles quedaron desocupadas, las tiendas y balcones se cerraron y hasta los perros des-pavoridos corrieron en todas direcciones en busca de sus madrigueras. La pieza de artillería siguió disparando y haciendo estremecer las vidrieras de las casas cercanas, y un fuego nutrido de fusilería se propagó en las torres y bóvedas de las iglesias que, como otros tantos fuertes, formaban las dos posiciones enemigas. En los intervalos, y mientras unos y otros cargaban sus armas, los puros vomitaban injurias y desvergüenzas horribles contra los polkos. Los criados que habían limpiado una semana antes las botas, disparaban balas contra sus amos; los cargadores contra los comerciantes que les habían ocupado y dado de comer; los aguadores contra los vecinos á quienes habían surtido de agua; el pueblo entero armado por el gobierno se revelaba contra la sociedad misma que le daba su sustento y con la que días antes vivía en la más completa armonía. El día, caluroso, lo fué más con el fuego y la fatiga para los nacionales de los dos bandos. Las descargas disminuyeron gradualmente, y la ciudad, sin alumbrado, con los faroles hechos pedazos, regada de fragmentos de carnicos y oliendo á pólvora, quedó desierta, como si los

habitantes la hubieran abandonado. Tres días pasaron poco menos de la misma manera; pero al cuarto día, fuese por un acuerdo entre los beligerantes ó fuese por las propias é ingentes necesidades de la sociedad, hubo una notable modificación.

Al sonar la alba en la Catedral se tocaban las dianas en todos los cuarteles, la pieza de artillería de la esquina de Tacuba disparaba su estrepitoso cañonazo, y el fuego de fusilería comenzaba de torre á torre y seguía sin interrupción hasta las ocho. A esa hora el fuego cesaba, la pieza de artillería se refrescaba y se limpiaba, y parecía que de las piedras brotaban criados y criadas con canastos; señoras de saya y mantilla que acudían á sus negocios y aun hasta á las iglesias á oír la misa; indios y mercaderes de toda especie que con sus frutas, legumbres, leña y carbón en sus hombros ó en burros, atravesaban las calles. Las líneas eran visitadas por miles de curiosos y se encontraba en las calles bizcochos, frutas, dulces, baratijas, verdura, cigarros, cerillos, en una palabra, cuanto podía ser necesario, no sólo para la vida ordinaria, sino hasta para el lujo y los placeres. Sonando las diez en el reloj de la Catedral, era, como el día del juicio, una carrera universal, un cerrar de puertas y ventanas, un susto como si fuese el primer día. Cinco minutos después las calles quedaban despejadas y la artillería comenzaba de nuevo para terminar cerrada ya la noche. En el intermedio había reconocimientos de artillería; columnas que salían del Palacio y volvían á entrar; proyectos de asalto por el rumbo de la ciudad de donde salía una compañía de granaderos con una pieza de artillería, hacía fuego sobre alguno de los puntos y se retiraba después vista la defensa vigorosa.



sa que hacían los polkos, á quienes se creía tímidos y delicados, y que para desengaño de sus adversarios daban muestras de valor y de fortaleza.

Cuando Arturo vió que así pasaban las cosas, sin tratar de inquirir cuándo, ni cómo acabarían, tomó por su parte las disposiciones que le parecieron más convenientes. A escote entre él y los oficiales y soldados que eran sus amigos, se proveyeron de vinos, de conservas, de frutas y dulces, de una baraja, de un dominó, de un ajedrez y de una guitarra, y poco faltó para que no llevase un piano y algunas partituras de las óperas de moda.

Los primeros días las monjitas se mantuvieron retiradas en sus celdas y en los patios interiores, no dando la cara sino las hermanas torneras; pero antes de una semana las esposas del Señor estaban ya familiarizadas con estos nuevos soldados de Cristo, que en resumen en aquellos momentos exponían su vida por defenderlas de las garras de los *puros* que estaban en Palacio. Ocupadas en sus oraciones y sin que les faltase la misa, pues uno de sus capellanes vivía cerca del convento, el tiempo que les quedaba libre lo empleaban en hacer curiosas bolsitas de seda encarnada, conteniendo en el centro reliquias y huesitos de santos, que regalaban á los guardias nacionales y éstos se engalanaban con estas religiosas chucherías, colocándolas en los ojales de sus uniformes como si fuesen caballeros condecorados de alguna orden. Esta familiaridad, digámoslo así, establecida entre religiosas y soldados nacionales, proporcionó al comandante Arturo la oportunidad de habitar una de tantas celdas vacías que tenía su pequeño salón amueblado y una cocina. Una de las criadas del convento se prestó á servir á

los simpáticos huéspedes, y con esto ninguna comodidad les faltaba. En las horas del almuerzo y de la comida, que era en la portería convertida, como se ha dicho, en cuerpo de guardia, no faltaban los más bien condimentados manjares, ni los mejores vinos, ni la más agradable sociedad y conversación. Cuando las partidas de caballería del Palacio ó los granaderos de la Ciudadela hacían sus excursiones y amagaban la línea, el clarín de la torre daba el toque de enemigo á la derecha, ó enemigo á la izquierda, los improvisados campeones abandonaban precipitadamente los manjares, los vinos y dulces y corrían á las armas, formaban en guerrilla que salía á la calle á repeler al enemigo, si era necesario, y ocupaban las alturas. Arturo era el primero en actividad é intrepidez. Cuando el enemigo se retiraba, los fusiles se colocaban en el armero, los centinelas se sentaban acomodando su arma entre sus piernas y la tertulia continuaba más animada.

Arturo, que como jefe del convento tenía el mando absoluto y podía entrar por todo él, se dedicaba á explorar por varias razones, y debemos asegurar que la primera y principal era encontrar la ocasión de tropezar con Aurora, como por casualidad, de hablarle como por casualidad también, y de casarse de la misma manera como por casualidad, y si posible era, en el mismo convento; pero la verdad es también que hasta entonces y en el tiempo transcurrido apenas la había visto de lejos, en compañía de grupos de religiosas, y sólo había podido cambiar algunas miradas, más ardientes que los tronazos y tiros de fusil que se disparaban durante el día en esta singular guerra. Arturo no tenía idea de un convento de monjas en México, y entre los conventos,



el de la Concepción era uno de los más antiguos é importantes. El patio que llamaban principal, estaba formado de una portalería quedaba entrada por sus anchos corredores al coro bajo, á la sacristía interior, á la portería y á las rejas; es decir, á las piezas que comunicaban á la calle y donde las monjas, mediando una reja de fierro, acostumbraban recibir á sus parientes y visitas. Ese patio comunicaba á otro menos extenso, donde estaban los lavaderos, un tanque de agua limpia y las oficinas destinadas á la contaduría, sala de juntas, roparía, cocinas y despensa. De ese patio se pasaba á un jardín, en cuyo centro había una pieza de agua con más de una vara de profundidad y una canoa donde podían navegar las religiosas, y en ese jardín y aquí y allá, calles, verdaderas calles, con habitaciones, compuestas de salón, recámara ó recámaras, comedor, cocina, cuarto de baño y despensa. Era una especie de pequeña ciudad amurallada, donde hubiesen podido vivir cómodamente cuatrocientas monjas, y en efecto, algunas ocupaban esas casas, tenían una ó más criadas y, excepto los actos que era preciso hacer en comunidad, vivían con entera independencia. Como en la época de estos acontecimientos no pasaban de sesenta las religiosas, una parte del convento estaba completamente inhabitado. Arturo se entregaba con una especie de asombro á estas exploraciones que podían calificarse como las que hace un viajero á un país desconocido, y en efecto, después de más de dos siglos que llevaba el convento de haberse fundado, ninguna planta profana había pisado esas misteriosas construcciones, que se aumentaban, se modificaban y se transformaban según las ideas y caprichos de las abadesas. Con un maestro de obras á su disposición y

una cuadrilla de albañiles y carpinteros, hoy se construía una vivienda, mañana se plantaba un jardinito, otro día se cerraba una comunicación y se abría otra por distinto lugar. Al fin de una pequeña calzada de árboles, se tropezaba con un sepulcro. El caballero bienhechor del convento había dispuesto, como última voluntad, que se le enterrase en medio de sus monjas, y aparecía hincado de rodillas en actitud de rezar, revestido con su armadura y su casco de acero de Milán. Al dar vuelta á esa calzada fresca donde descansaba tranquilo ese noble muerto, se encontraba una capilla donde ardía día y noche una lámpara; á la izquierda, otra sepultura con un conde de piedra acostado, con las manos sobre su elevado pecho; después, otra y otros monumentos, ya de obispos y bienhechores, ya de abadesas ó monjas que habían muerto en olor de santidad. Una vidriera se abría misteriosamente y con tiento, y dejábase ver el rostro fresco de una religiosa; otra puerta se cerraba, con la misma precaución, y á lo lejos un grupo de tres ó cuatro monjas arreglaba las macetas, quitaba la mala yerba de los pequeños prados ó depositaba semillas diversas en un arriate. A veces no encontraba Arturo alma viviente en sus paseos por esa intrincada parte del convento, pero después, como hemos dicho, las religiosas hacían sus diarias ocupaciones ó paseos, como si nada hubiese alterado su vida y sus costumbres habituales, y ellas se acercaban á él procurando inquirir noticias y asegurándole que nada les sucedería ni á él ni á sus allegados, pues que habiendo abrazado la causa de la redención, ellas rogaban á Dios que los libertara de todo mal, y piadosas como eran, rogaban también por los pobres que se acercaban, esperando que cambiaría su corazón y se separa-



ría de ese peligro en que estaban de morir sin confesión; pues, según el señor mayordomo les había contado, no tenían capellán, ni oían misa y se burlaban de los santos. Estos viajes al convento inhabitado entretenían mucho la imaginación romántica de Arturo, y la sencillez y candor de las conversaciones de las monjas, hacían crecer su amor y entusiasmo por Aurora, pues suponía, y con mucha razón, que, aunque con más trato y mundo, no difería sino muy poco de la sencillez é inocencia de las santas mujeres que tenía enclaustradas en su formidable castillo; pero en todo esto, pasaba un día y otro, y nada, imposible de ver á Aurora sino como una imagen fugitiva que huía de él. Resolvió, pues, hacer, con pretexto del servicio, sus excursiones en las noches, y dió aviso de ello á la superiora para inspirarle más confianza y evitar todo motivo de alarma.

Una noche, después de visitar los puntos del fuerte, de reforzar sus guardias, de amonestar á sus soldados á una resistencia heroica y de dar sabias disposiciones militares para el caso de un ataque, dijo, con intento de ser oído de los que le rodeaban, que estando fatigado se retiraba á dormir un par de horas á su celda, á donde efectivamente entró, pero á los diez minutos salió con precaución sin ser visto, atravesó el gran patio, abrió la puerta del callejón oscuro y medio ruinoso que conducía á la parte solitaria del convento y comenzó á vagar sin plan fijo por entre aquellas callejuelas, capillas y jardines abandonados y silenciosos.

A medida que se internaba en ese laberinto, aumentaba la oscuridad. Las estrellas apenas proyectaban una triste luz sobre las capillas y sepulturas, como perdidos y lejanos se oían los ecos de las voces roncadas y aguar-

mentosas de los puros, que no cesaban de lanzar sus maldiciones á los polkos. La luz de uno que otro disparo de fusil de algún campanario iluminaba como un fulgurante relámpago, y el viento, entrando y saliendo en las rendijas de las viejas ventanas y en los montones de piedras y por entre los ramajes de los árboles, formaba ruidos extraños semejantes al cuchicheo de grupos de conspiradores ó de ladrones que combinasen un robo con una atracción. Arturo, sin darse cuenta y avergonzándose de su propia debilidad, tuvo miedo, recordó su proyecto de ir al convento y consideró lo difícil que hubiera sido á Aurora llegar sin ser atacada de un pánico hasta la tapia del callejón, que creyeron la más accesible para el ataque. Después de reflexionar un rato y sobreponiéndose á su debilidad nerviosa, trató de buscar la salida para regresar á dormir un par de horas, en el mullido lecho de su celda, pero le fué imposible, entraba por un callejón y salía por el otro, como de rigor acaban los cuentos con que las nodrizas duermen á los niños, y también como en los cuentos de las nodrizas veía á lo lejos aparecer y desaparecer una luz que se retiraba á medida que él la perseguía. Repentinamente la luz desapareció, las nubes habían velado las pocas estrellas que débilmente alumbraban la negra noche; una granada disparada de la Ciudadela quizá como una señal convenida para dar un asalto inesperado á la línea, pasó zumbando entre las bóvedas, y al mismo tiempo sintió Arturo que una sombra, una visión pasaba junto á él, rozaba su vestido con el suyo y murmuraba palabras que no pudo comprender y que se perdieron en el viento. Arturo buscó algo en que apoyarse y sus manos asieron la cabeza fría y fría de la estatua del benefactor del monasterio,



arrodillado hacia quizá más de un siglo en aquel sitio, haciendo compañía á las religiosas muertas como él, y á quienes tantos bienes había hecho con su influjo y su dinero.

—¡Miserable naturaleza! tan frágil y tan débil que un viento la asusta y el vuelo de un pájaro la mata,—dijo Arturo limpiándose con la manga una gota de sudor frío que corría por su frente.—Me habría caído si no encuentro el apoyo de la estatua de este venerable Conde que estaba muy distante de pensar cuando ordenó que se le enterrase en este convento que me había de prestar un servicio tan importante. ¡Bonito papel habría hecho el comandante de la Concepción, desmayado de miedo junto á una estatua de piedra! en fin, afortunadamente nadie me ha visto, y este momento de terror pánico será un secreto que no revelará la estatua de piedra del bienhechor. Dejémosla en paz, y lo más acertado es dormir el resto de la noche y dejar que la casualidad haga que me encuentre con la adorable monjita que se ha posesionado de mi corazón.

Arturo, orientándose como mejor le era posible, tomó ó creyó tomar el camino del callejón para salir al patio grande, y de allí á su celda. La luz misteriosa apareció en ese momento entre los árboles y casas ruinosas y solas.

—En esta vez no se me ha de escapar.

Y sin ver ni dónde pisaba y á riesgo de caer entre los escombros y piedras, corrió materialmente en seguimiento de esa estrella fugitiva. Al llegar casi á tocarla se apagó súbitamente, pero unas ropas de lana se rozaron contra él, extendió la mano, y una mano suave quedó aprisionada.

—¡Arturo!

—¡Aurora!

—Déjame, por Dios! ¿qué locura la mía de seguirte. Una fantasía, una quimería; quería realizar uno de los cuentos maravillosos que nos refieren cuando somos niños. Una luz misteriosa en medio de una completa soledad, una luz que huye, que se pierde, que se paga, perseguida y nunca alcanzada... eso es lo que me hace desde que he observado tus excursiones frecuentes á esta parte abandonada del convento. Desde que tuve la locura de prometerte que me escaparías, lo que gracias á Dios no se verificó, no he cesado de recorrer todo este rumbo, y lo conozco tanto, que con los ojos cerrados lo andaré sin perderme. No me juzgues mal, Arturo, una mera fantasía de niña. Esto es todo. ¡Dios!

—Y te dejaría huir ahora, querida Aurora, sin aprovechar esta feliz ocurrencia tuya? ¿Cómo te había de juzgar mal, vida mía, y cuando me tuteas, y me tratas con la confianza de antigua amiga no te había de decir que mi único pensamiento y que bendigo esta revolución que por mi buena fortuna y sin pensarlo me ha conducido cerca de ti, y con el poder de las armas para parte de este convento y triunfar de tus miserables perseguidores?

—¡Qué cabeza! ¡qué ligereza la mía, que un día ú otro me ha de causar mucho mal! ¿Qué vas á creer, qué vas á decir para tus adentros, y cuando pienses que una muchacha, que es ya casi una religiosa, ha salido de su celda en tu seguimiento hasta encontrarte en un lugar apartado y solo en semejante noche oscura... ¡Dios mío! ¿cómo de pensar solamente en la locura que he he-



cho... ¡Adiós! ¡Adiós! déjame ir, suelta mi mano... no me vayas á juzgar mal. Si en la ciudad se supiese que hemos estado solos, solos á estas horas de la noche, en que todas las religiosas duermen, ¿qué escándalo tan grande? el arzobispo, los canónigos, la gente toda no se ocuparía más que de nosotros, y hasta se olvidaría la política al menos por un par de días... Déjame, Arturo, suelta mi mano, ya otro día nos volveremos á encontrar, yo lo procuraré, te lo prometo... déjame... si por casualidad despertara alguna monja, si á la abadesa se le antojara ir á mi celda ¡Adiós!

—Imposible que te deje ir, querida de mi corazón. Quién sabe lo que mañana podrá suceder; si por acaso me toca una bala, moriré contento después de haberte dicho cuanto te amo... pero eso ya lo sabes.

—Quiero hacerme siempre la ilusión de que me amas, —le interrumpió Aurora,—y en lo que no cabe duda es que tú estás aquí, aquí hace años, sin que nadie te pueda sacar.

Aurora llevó á su corazón la mano de Arturo que tenía asida la suya para impedir que se marchase.

—No pensemos ahora en desgracias ni en cosas funestas,—le dijo Arturo, al sentir bajo su blando seno los latidos del corazón donde él reinaba sin rival,—sino en que todo ha de acabar bien. Platiquemos lo que hemos de hacer así que termine esta revolución.

—Tú que eres el jefe de este convento,—le contestó Aurora,—y que lo defenderás como un paladín de los tiempos antiguos, tendrás bastante influjo para libertar á tu dama; pues bien, la pones en libertad y negocio concluído; es toda tuya con alma y vida. Te casas con ella, la llevas á tu casa, á la quinta de esa querida Tere-

sa á quien amo tanto después de tí, á Francia, á España, donde quieras... tu princesa te seguirá, pobre ó rico, por todo el orbe. En compensación, sólo exige que la quieras á ella solamente, á tu princesa, á ella solamente. Tú sabes mejor que yo lo que tienes que hacer. Toma, toma, es el sello de nuestro amor, la alma de tu Aurora que pasa á la tuya.

Aurora tomó en la oscuridad la cara de Arturo con sus dos manos, buscó su boca con su boca, y un beso ardiente y estrepitoso debió despertar en su casto lecho á las santas religiosas que dormían en la fortaleza improvisada que mandaba en jefe, uno de los más esforzados capitanes de la Guardia nacional.

Arturo creyó morir de placer, tendió los brazos para estrechar á la adorada criatura, pero no encontró más que vacío y sombras.

Le pareció un sueño, y las primeras luces de la mañana lo encontraron junto á la estatua de piedra del benefactor del convento.